

Un filósofo produce ideas, un poeta poemas, un clérigo sermones, un profesor tratados, y así siguiendo. Un criminal produce crímenes. Si observamos de más cerca la conexión entre esta última rama de la producción y la sociedad como un todo, nos liberaremos de muchos prejuicios. El criminal no solo produce crímenes sino también leyes penales, y con esto el profesor que da clases y conferencias sobre esas leyes, y también produce el inevitable manual en el que este mismo profesor lanza sus conferencias al mercado como “mercancías”. Esto trae consigo un aumento de la riqueza nacional, aparte del goce personal que el manuscrito del manual aporte a su mismo autor.

El criminal produce además el conjunto de la policía y la justicia criminal, fiscales, jueces, jurados, carceleros, etc.; y estas diferentes líneas de negocios, que forman igualmente muchas categorías de la división social del trabajo, desarrollan diferentes capacidades del espíritu humano, crean nuevas necesidades y nuevos modos de satisfacerlas. La tortura, por ejemplo, dio surgimiento a las más ingeniosas invenciones mecánicas y empleó muchos artesanos honorables en la producción de sus instrumentos.

El criminal produce además una impresión, en parte moral y en parte trágica según el caso, y de este modo presta “servicios” al suscitar los sentimientos morales y estéticos del público. No solo produce manuales de Derecho Penal, no solo Códigos Penales y con ellos legisladores en este campo, sino también arte, literatura, novelas y hasta tragedias, como lo muestra no solo *Los ladrones* de Schiller, sino también *Edipo Rey* y *Ricardo Tercero*. El criminal rompe la monotonía y la seguridad cotidiana de la vida burguesa. De este modo la salva del estancamiento y le presta esa tensión incómoda y esa agilidad sin las cuales el aguijón de la competencia se embotaría. Así, estimula las fuerzas productivas. Mientras que el crimen sustrae una parte de la población superflua del mercado de trabajo y así reduce la competencia entre los trabajadores –impidiendo hasta cierto punto que los salarios caigan por debajo del mínimo-, la lucha contra el crimen absorbe a la otra parte de esta población. Por lo tanto, el criminal aparece como uno de esos “contrapesos” naturales que producen un balance correcto y abren una perspectiva total de ocupaciones “útiles”.

*Carlos Marx, Historia crítica de la teoría de la plusvalía, México, Fondo de Cultura Económica, 1945, traducción Wenceslao Roces, 3 volúmenes, Tomo I, página 217*